

Laudano, Claudia (2021) Ciberfeminismo. En S. Gamba y T. Diz (coord) Nuevo Diccionario de Estudios de Género y Feminismos, Biblos, pp. 105-109.

CIBERFEMINISMO. Se denomina ciberfeminismo a la corriente de pensamiento y acción feminista que explora los vínculos entre las mujeres, internet y las tecnologías digitales. Surgido en los 90, en plena expansión de internet y novedosas tecnologías infocomunicacionales, desde entonces ha desarrollado un vasto cuerpo teórico y una praxis política inestimable. Entre las referencias pioneras ineludibles se encuentra el grupo de feministas australianas VNS Matrix (vinculadas con prácticas artísticas), quienes en 1991 redactaron el Manifiesto Ciberfeminista para el siglo XXI, con expresiones críticas a la hegemonía varonil en el ciberespacio. Su estilo provocativo contribuyó a la viralización de afirmaciones emblemáticas, tales como: "Somos el virus del nuevo desorden mundial", "saboteadoras de la computadora central gran-papá", "rompiendo lo simbólico desde dentro", "infiltrando, perturbando, diseminando" y "el clítoris es una línea directa a la matriz". En 1996 elaboraron el Manifiesto de

la Zorra Mutante con su lema "Chúpame el código".

Luego, en 1997, se realizó en Alemania el Primer Encuentro Internacional Ciberfeminista, donde se redactaron las cien antítesis de lo que el ciberfeminismo no era. En diferentes idiomas, se postula entre otras tesis que no es una fragancia, no es un ismo, no es rock and roll, no es un avatar, no es ideología y no tiene un solo lenguaje. Con esta propuesta lúdica e irónica esquivaron la exigencia de definir el ciberfeminismo, o bien lo resolvieron de otro modo. Ese mismo año, la británica Sadie Plant publicó *Ceros + unos: mujeres digitales + la nueva tecnocultura*, un libro de sofisticada elaboración con estilo de hipertexto, donde la autora traza una relación sugerente para las mujeres entre las urdimbres de los telares y las de las computadoras.

Para ese tiempo signado por manifiestos que abogaban por la feminización de la red, Donna Haraway constituye una inspiradora clave con su *Manifiesto para cyborgs*, donde sostuvo que como híbrido de máquina y organismo, el/la *cyborg* debía considerarse como ficción abarcativa de la realidad social y corporal, y como un recurso imaginativo sugerente de acoplamientos fructíferos. El texto constituye una obra polisémica que excede las vinculaciones con los fenómenos de las tecnologías de la comunicación para abordar problemas de la biotecnología y las tecnologías de la visualización, con marcadas incidencias en los cuerpos de las mujeres. A finales del siglo XX, en tanto quimeras, híbridos teorizados y fabricados de máquina y organismo, Haraway sentenció: "Todxs somos *cyborgs*". Ante la pregunta propia de su tiempo: ¿la figuración *cyborg* es neutra o generizada?, las respuestas feministas pendularon entre destacar el neutro de la figuración o, por el contrario, consideraron ineludible afianzar la diferencia sexual.

A la par de las producciones teóricas y

las prácticas artísticas con tintes iconoclastas, el clima epocal de transformaciones tecnológicas de mediados de los 90 revitalizó el activismo de grupos de mujeres y feministas, a la vez que generó entusiasmo por habitar el ciberespacio, territorio que se vislumbraba como prometedor y sin restricciones estructurales aparentes. En tal sentido, con un cúmulo significativo de expectativas, feministas de distintas latitudes incursionaron en diferentes sitios de internet por considerar al ciberespacio un locus político fértil para disputar y subvertir los códigos culturales androcéntricos e instituir las propias visiones de mundo. No obstante, dicho proceso de apropiación tecnológica fue sinuoso, entre otras cuestiones, por ciertas visiones antitecnológicas y de desconfianza hacia las tecnologías en general y las tecnologías de información y comunicación (TIC) en particular.

Cartografías de ciberactivismo feminista. A modo de pantallazo situado de la apropiación de TIC, como procesos materiales y simbólicos de dotación de sentido para determinados grupos o sectores, según las necesidades que el propio grupo define y las competencias disponibles, en Argentina se identifica un conjunto de experiencias exitosas de ciberactivismo feminista en el transcurso de las décadas. En tal sentido, a lo largo de los 90 se registra una primera etapa de incursión en el uso del correo electrónico y el acceso a las primeras conferencias electrónicas y listas de distribución de información por parte de un número acotado de activistas, grupos y ONG feministas, por ejemplo, ante el Foro de ONG de América Latina y el Caribe en Mar del Plata en 1994, preparatorio para la IV Conferencia Mundial de la Mujer en Beijing en 1995. Por entonces, la brecha digital de género y clase se evidenciaba en el número reducido de mujeres con acceso a computadoras, con servicios de conexión a internet

costosos y deficientes. Tiempo después, la literatura feminista distinguiría entre una primera brecha digital referida a las desigualdades en el acceso a las TIC por parte de las mujeres y jóvenes, y una segunda brecha digital de género vinculada con las habilidades y los usos específicos de los recursos, dispositivos y plataformas infocomunicacionales.

Una segunda etapa se localiza a partir del año 2000 con la aparición en el ciberespacio de portales informativos de ONG y grupos de mujeres en la web 1.0 como modalidades aggiornadas de difusión y la conformación de listas electrónicas de debate. Entre estas últimas, se destaca la lista feminista de discusión RIMA (Red Informativa de Mujeres de Argentina), vigente desde el 2000 hasta la actualidad, junto a otras listas temáticas referidas a la legalización del aborto, contra la violencia hacia las mujeres, por la abolición de la prostitución y la trata de mujeres para explotación sexual, así como la lista Jóvenes Feministas, espacio específico con marca generacional. Con el abaratamiento de los costos y las competencias adquiridas de manera gradual, las experimentaciones pioneras dieron lugar a la apropiación material y simbólica de TIC por parte de un número mayor de activistas feministas, con tácticas combinadas entre el ciberespacio y el espacio público tradicional.

Con grados variables de coexistencia temporal, los dispositivos tecnológicos disponibles ofrecieron posibilidades de intercambio e intervención a distinta escala, como prácticas ciberfeministas que fortalecieron el entramado de conexión para tejer redes y organizar acciones articuladas, acorde al calendario feminista con sus fechas clave (8 de marzo, Día Internacional de las Mujeres; 25 de noviembre, Día contra la Violencia hacia las Mujeres; 28 de septiembre, Día por la Legalización del Aborto en América Latina, entre otras), campañas temáticas

y de presión, la organización de jornadas de debate, la participación en los Encuentros Nacionales de Mujeres, las asambleas y los encuentros feministas, y las articulaciones transfronterizas, como las distintas redes temáticas latinoamericanas (contra la violencia hacia las mujeres, por la legalización del aborto, contra la explotación sexual de mujeres) y los Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe, entre otros.

Así como en países del norte una nueva oleada feminista disputaba sentidos en la esfera pública desde la blogósfera, durante la primera década del siglo XXI, en Argentina se constituyó una intensa red de blogs urdida por colectivos de jóvenes feministas de diferentes localidades. Durante esta tercera etapa, el blogueo, como especificidad generacional, potenció el intercambio y la visibilidad feminista en la web, con la circulación de símbolos, eslóganes y la creatividad estético-política, realimentada por la participación en espacios públicos tradicionales del movimiento de mujeres.

Una cuarta etapa se identifica hacia fines de esa primera década, con una migración tecnológica marcada hacia Facebook, la plataforma infocomunicacional en auge por entonces, de extendido uso por parte de grupos y activistas feministas, que propició formas enredadas de acción y estimuló una renovada apropiación de fuerte carga testimonial respecto de diferentes prácticas violentas, así como convocatorias a acciones colectivas de protesta, *on* y *offline*, con diferentes grados de organización y urgencia.

En ese sentido, la experiencia feminista y del movimiento de mujeres de décadas confluyó junto a otros sectores sociales en la organización de la movilización nacional bajo la consigna feminista Ni Una Menos del 3 de junio de 2015, en la que participaron 400.000 personas en, al menos, 240 localidades argentinas, según una investigación propia, para

cuestionar los femicidios y la violencia hacia mujeres y jóvenes, con el apoyo de gran parte del arco periodístico-mediático y ningún sector social organizado como opositor.

Convertido en *hashtag*, #NiUnaMenos se diseminó por los muros de Facebook, la red comercial utilizada por el 80% de quienes accedían a internet por entonces. Al respecto, un hecho significativo se generó con la apertura de más de un centenar de sitios en dicha plataforma para difundir, convocar y organizar las movilizaciones en diferentes localidades, bajo modalidades de páginas, grupos de organización (públicos y cerrados) y eventos.

En cuanto a Twitter, si bien para entonces se habían gestado acciones exitosas con *hashtags* feministas en distintos idiomas y grados variables de viralización, tales como #EndSH, #Aufschrei, #MachismoMata, #YesAllWomen, #EuNãoMeçoSerEstuprada, #Direnkahkaha y #NoAcosoCallejero, tras una convocatoria expresa a tuitear, el 3 de junio de 2015 el *hashtag* #NiUnaMenos marcó un hito en la plataforma en castellano al liderar las tendencias de la conversación nacional durante 8 horas y repercutir en las tendencias globales, así como en las coberturas mediáticas.

Apartir del salto cualitativo que significó la apropiación de la plataforma para jerarquizar en la discusión pública la problemática de la violencia contra las mujeres y los femicidios, la táctica de los tuitazos planificados con *hashtags* sería capitalizada *in crescendo* desde el ciberactivismo feminista para incidir en la opinión pública, o bien movilizar de manera puntual ciertas causas vinculadas con la legalización del aborto, la búsqueda de mujeres y jóvenes desaparecidas, el abuso sexual infanto-juvenil, la lesbofobia y la transfobia, entre otras. Al conmemorarse el Día Internacional de la Mujer el 8 de marzo de 2017, las

acciones coordinadas *on* y *offline* entre feministas de distintas ciberregiones se potenciaron con la organización del Primer Paro Internacional de Mujeres. Con conversaciones iniciadas en octubre de 2016, luego de sendos paros nacionales de mujeres en Polonia contra las restricciones al aborto legal, y en Argentina contra los femicidios, el proceso de organización logró articular en la protesta a mujeres de cincuenta y siete países de los cinco continentes, con la facilitación de las tecnologías digitales.

A pesar de la envergadura del acontecimiento final planeado, para las acciones de difusión general se dispuso de un conjunto discreto de dispositivos tecnológicos, que corresponden a diferentes momentos del ecosistema de medios: páginas web, redes sociales y correo electrónico. Respecto de las redes sociales, para la difusión y la convocatoria a las movilizaciones en cada país la plataforma Facebook ocupó el lugar predominante, por ser la de mayor acceso y uso a escala global. Entre otras cuestiones, propició la disseminación y el intercambio de información entre grupos y organizaciones de países adherentes al #8M, a la vez que facilitó disponer de un panorama global de las adhesiones de países desde el evento general del Paro Internacional de Mujeres.

Luego, de modo complementario, se gestionaron cuentas en Twitter en distintos idiomas para viralizar la convocatoria al paro, generar acciones globales (de apoyo a la *Women's March* contra la asunción de Trump y de denuncia al gobierno de Rusia por los cambios legislativos respecto de violencia contra las mujeres), impulsar acciones urgentes y coordinar tuitazos mundiales, con horarios sincronizados para lograr mayor visibilidad. Dos de estos resultaron *trending topic* en castellano con los *hashtags* #MujeresEnHuelga y #Yoparo8M.

Como balance general, el #8M de 2017, en

tanto instancia cúlmine de organización y articulación feminista internacional, posicionó al movimiento de mujeres como sujeto político internacional con capacidad de movilización *on* y *offline* en el contexto de la oleada de movilizaciones multitudinarias con deseos de transformación social de distintas desigualdades e inequidades. Desde el punto de vista de la dimensión digital, esta etapa se caracteriza por la utilización estratégica de redes sociales a los fines feministas. Como parte de este proceso de cambio, en reiteradas ocasiones se generaron ciberacciones, variables en cuanto a planificación y espontaneidad, centradas en testimoniar distintas situaciones de violencia en redes sociales. Entre las más resonantes, se encuentra la del *hashtag* #MeToo, por la masiva adhesión que concitó en breve tiempo, así como por las repercusiones internacionales que generó su disseminación en distintos idiomas y los debates que renovó respecto de las desigualdades sexo-genéricas en diferentes ámbitos.

De modo simultáneo, se afianzó la utilización de *hashtags* feministas en castellano y en Latinoamérica como e-táctica, entre los cuales destacan #Cuentalo, #NoNos-CallamosMas, #MiPrimerAcoso, #YoSí-TeCreo, #Primeiroassédio y #SoyFeminista. En 2018 el debate legislativo por la legalización del aborto en Argentina encontró en el ciberactivismo en redes una de sus estrategias principales mediante los *hashtags* #AbortoLegalYa y #AbortoLegalClandestino, con notable repercusión en los medios, junto a las movilizaciones multitudinarias en las calles del país. En la oportunidad, se evidenció una capitalización feminista de la mutua imbricación entre los procesos de viralización y mediatización.

Para finalizar, si bien durante estas décadas el ciberfeminismo logró infiltrar al patriarcado, en distintas dimensiones y con diferentes intensidades, el contexto

general donde se desarrollaron estas prácticas cambió hacia un capitalismo de plataformas capaz de rentabilizar las intervenciones y los afectos. A la vez, resulta insoslayable recuperar ciertas advertencias respecto de las limitaciones del activismo digital. Por un lado, porque se han desarrollado un conjunto de prácticas de violencia en línea o relacionadas con dispositivos tecnológicos que afectan la posibilidad de la expresión e incluso de la participación, y, por otro, por cuestiones vinculadas con el acceso a las TIC y las competencias comunicativas, así como la democratización del acceso a la información y el uso de la palabra y las imágenes, ya que se pueden destacar las voces de ciertos grupos o personas con mayores habilidades y capital social, al tiempo que se opacan las acciones colectivas y las trayectorias vitales de sectores del movimiento de mujeres y feminista. Respecto de la autonomía tecnológica, cabe indicar que los principales sitios utilizados en las movilizaciones colectivas constituyen plataformas corporativas y que, dentro de los retos pendientes del ciberactivismo feminista, resta un debate amplio acerca de ellas, así como de estrategias con software no propietario.

Véase: D. Haraway (2018), *Manifiesto para cyborgs*, Buenos Aires, Letra Suda-ca. – C. Laudano (2019), “Acerca del uso estratégico de TIC en movilizaciones feministas”, en A. L. Rivoir y M. J. Morales (coords.), *Tecnologías digitales: miradas críticas de la apropiación en América Latina*, Buenos Aires, Clacso. – S. Plant (1998), *Ceros + unos: mujeres digitales + la nueva tecnocultura*, Barcelona, Destino. – R. Zafra (2019), *Ciberfeminismo: de VNS Matrix a Laboria Cuboniks*, Barcelona, Holobionte.

CLAUDIA LAUDANO